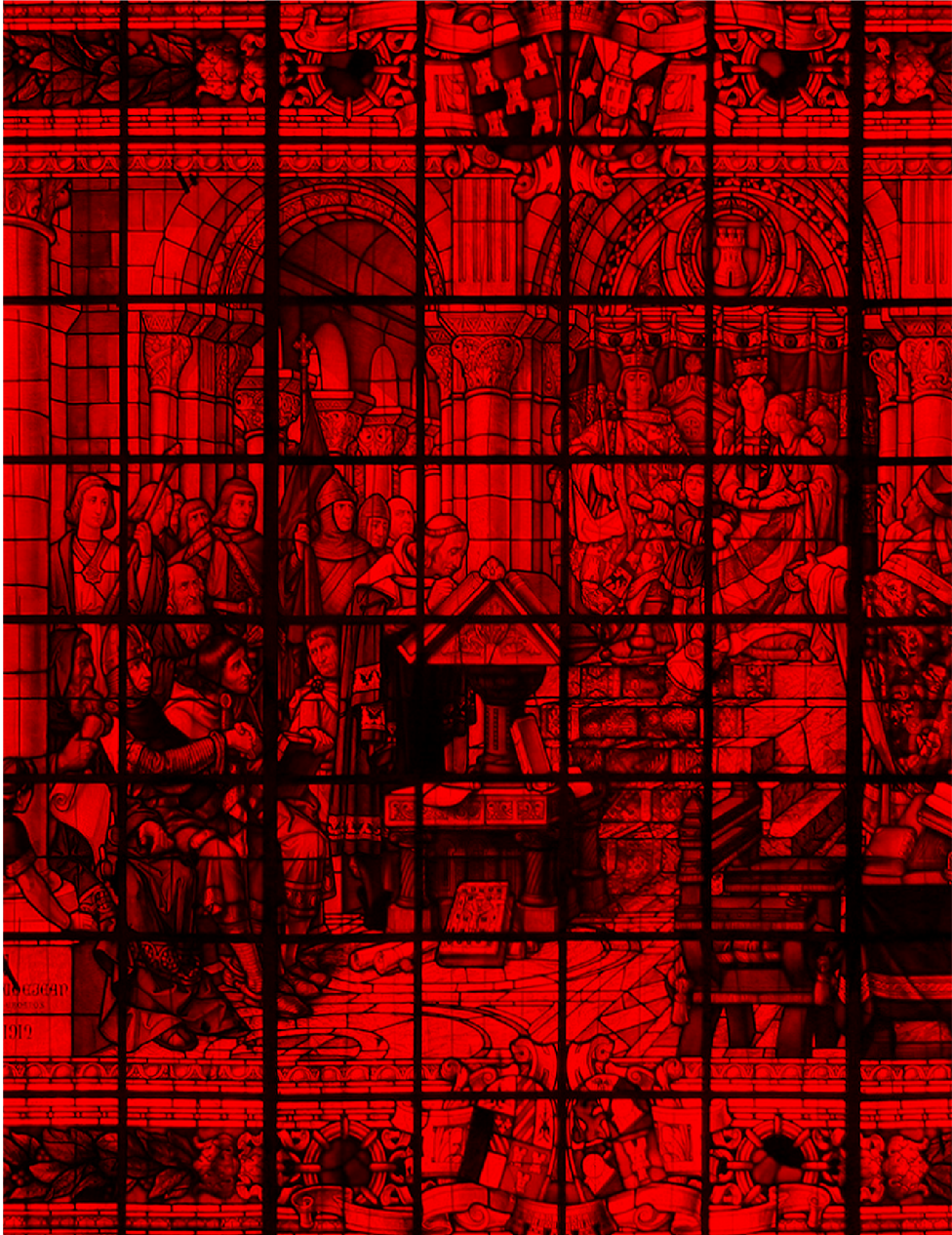


ITTM Revista Publicaciones

Aniversario 1949_2024

Institución Tello Téllez de Meneses



Institución Tello Téllez de Meneses

PUBLICACIONES

DE LA INSTITUCIÓN
TELLO TÉLLEZ DE MENESES

[PITTM]



PALENCIA 2023

NÚMERO 94

La revista Publicaciones de la Institución Tello Téllez de Meneses (PITTM) es el órgano de expresión de la Academia, en la que se publican estudios de investigación sobre diversos aspectos de la historia y la cultura palentinas, realizados por los académicos, y aquellos otros que juzgue oportuno su Consejo de Redacción. Fue creada simultáneamente con la propia Institución, en el año 1949, viendo la luz su primer número ese mismo año. Actualmente su periodicidad es anual.

Edición, Redacción e Intercambio

Institución Tello Téllez de Meneses, Academia Palentina de Historia, Letras y Bellas Artes.

Centro Cultural Provincial. Plaza de los Juzgados s/n. 34001 Palencia.

itellotellez@gmail.com

www.tellotellez.com

Director:

D. Rafael del Valle Curieses

Secretario:

D. Rafael Martínez González

Consejo de Redacción:

D. Rafael Martínez González

D.^a Andrea Herrán Santiago

D. Julián Alonso Alonso

© Institución Tello Téllez de Meneses. Academia Palentina de Historia, Letras y Bellas Artes

© De los textos: sus autores

I.S.S.N.: 0210-7317

Imprime:

Gráficas Zamart S.L.

C/ Italia, 51 p-141 - 8. 34004 Palencia

MEMORIA EN CINCO TIEMPOS DE MARCELINO GARCÍA VELASCO, AL RITMO DE MI VIDA Y SU POESÍA

Miguel de Santiago

CONTRIBUYO A ESTE HOMENAJE AL AMIGO Y COMPAÑERO DE AVENTURAS LITERARIAS, MARCELINO GARCÍA VELASCO (1936-2023), AL CUMPLIRSE MÁS DE UN AÑO DE SU FALLECIMIENTO. Y LO HAGO TRAZANDO UNA SEMBLANZA DEL AMIGO CERCANO, AL TIEMPO QUE RELEO SU AMPLIA OBRA POÉTICA.

TIERRA ARRUMBADA

Conocí, allá por los últimos años de la década de los sesenta del siglo pasado, a Marcelino García Velasco, siempre al lado, que no a la sombra, de José María Fernández Nieto en asuntos de poesía. Fue en la rebotica de este último, adonde yo había acudido en uno de los encuentros iniciales con quienes eran los poetas palentinos más admirados. Me atraía su voz lírica, con la sobria musicalidad de nuestras tierras y un punto de trágica gravedad cerniéndose sobre la existencia de nuestras gentes, tan sufridas: “¡Tanta tierra para llorar y haberme visto encadenado / a la más pobre!”. Esa sintonía con el paisaje —el interior también— (“sitio donde respiro y muero”) de su poesía yo la había percibido en sus primeros libros, pero la sentí más intensa con *Tierra arrumbada*, de 1973. Castilla y sus hombres: adobe oscuro, polvo, luz, silencio, cansado andar, tejados pardos, torres, soledad, erial, clamor varado, “rabiosa llaga enconada, / pústula doliente”... Un lenguaje sobrio y directo, cargado de nostalgia, con el que evoca paraísos perdidos. Nuestro poeta humanizaba el entorno: “Y tú pones al verme / la luz consoladora que le falta al paisaje”.

Y yo iba pergeñando lentamente mi primer poemario, *Catálogo de insomnios* (Colección Adonáis, 1976), en el que dediqué sendos poemas a Marcelino y su esposa y a Juan José Cuadros, poetas palentinos con cuyos versos empezaba a identificarme y, en cierto modo, a seguir sus huellas. Así, en la reseña que García Velasco hizo de mi libro, afirma que es el testimonio de una vida y el regreso a la infancia; y añadía también los desvelos en el zaguán de las renunciadas de la condición sacerdotal.

MEMORIA DE UN TIEMPO MÁS O MENOS PERSONAL

Y cuando asistió a mi cantemisa en Fuentes de Nava —lo recordaba con frecuencia y también lo dejó escrito en prólogos y presentaciones— se subió al púlpito para dirigirse al pueblo y a las gentes y decirles que el sacerdote poeta se convertía en juglar de Dios para compartir y repartir su cantar y, así, llevarlo desde la boca y el pecho de los hombres a las manos extendidas de Dios...

Y escribió una crónica emocionada y bella en la prensa palentina. Todo me confirmó que el matrimonio Marcelino-Carmina habían tejido en pocos años una amistad fuerte, con perspectiva duradera —hasta hoy— debido a la sobriedad del trato sinceramente castellano, que tan bien sabía cultivar. Esa era su manera de ser y estar en la vida. Diríase que hasta el tono y cadencia de su voz lo delataba.

Cambiarán los temas, o las variaciones de los mismos, pero en la poesía de Marcelino encontramos siempre su austero decir. Hay momentos en la vida en que se hace necesario detenerse y mirar: “Atrás el niño, / las orillas marcadas, / los olvidos de un tiempo dominado / a fuerza de renuncias”. Como acabo de apuntar, él insistía, cuando escribía o hablaba públicamente sobre mi obra, en mis personales “renuncias”, debidas a la condición sacerdotal, que sabía rastrear en algunos de mis poemas. Y es que, como canta en su *Memoria de un tiempo más o menos personal*, de 1976, “nadie falsea sus recuerdos”, pues “nunca envejece la memoria”.

La obra de un poeta es la quintaesencia de su autobiografía interior. Y así es también en los libros de Marcelino García Velasco, donde encontramos constantemente vivencias poetizadas, por lo que ellas mismas trazan su retrato verdadero. ¿Qué es, si no, su libro *La jornada*, dibujando su entrega a la vocación de maestro de escuela? Porque de sus condiciones pedagógicas y del trato humanizado hablan muchos de sus antiguos alumnos. ¿Y qué, si no, esa poesía humana y humanista, cálida y evocadora de vivencias dolorosas y del ansia de compartir tristezas y angustias, a veces con cierto desarraigo, como cuando evoca su infancia con los ecos de una guerra? Marcelino vivió las consecuencias del conflicto, “de un tiempo ensangrentado / en carnes mías”; “madre y abuelo fueron las palabras / comunes. Padre deseadamente, / muy por lo bajo, / muy quedo, muy mañana”. Conocíamos sus circunstancias vitales y, por eso, hay que subrayar que fue un hombre bueno y sin odios: “que España fue un pecado que hicimos todos juntos”.

ELEGÍA MAYOR SOBRE LOS TRIGOS

Pareciera que los poetas de provincias —o mejor, los poetas en provincias— son los grandes olvidados. Pero Palencia siempre fue retablo de grandes poetas: Gómez Manrique, el Marqués de Santillana, el Rabí Don Sem Tob, Jorge Manrique. Y, de entre los contemporáneos, también sonaban en otros círculos españoles los poetas vinculados de un modo u otro a la revista *Rocamador*: su director, José María Fernández Nieto, el subdirector, Marcelino García Velasco, colaboradores y amigos como Juan José Cuadros, Gabino Alejandro Carriedo. La madurez poética no se alcanza por residir en un sitio u otro, sino por vivir intensamente y tener algo que decir y, sobre todo, saber decirlo transmitiendo emociones. Otra cosa es la proyección que pueda alcanzar su obra en los círculos literarios y la atención que la crítica debería prestarles; es decir, la publicación y la acogida.

Florencio Martínez Ruiz, en la crítica que escribió en *Blanco y Negro* sobre mi primer poemario, ya me incluyó en la que Carlos Barral denominaba despectivamente “poesía meseteria”. Pero el crítico recupera a los herederos de la luz vibrante de *Don de la ebriedad* del zamorano Claudio Rodríguez: Jesús Hilario Tundidor, Javier Villán, Joaquín Galán, los leoneses del grupo

Claraboya... En definitiva, todos nosotros respirábamos el mismo aire y usábamos el mismo lenguaje aprendido en nuestros pueblos y sonaban idénticos todos los campos de la semántica castellana.

ELLOS ME DAN SU LUZ

Marcelino cultivó la amistad —y algo de admiración— con sus mayores y mentores, pero no fue óbice para mantenerla también con los más jóvenes, a quienes consideraba en cierto modo discípulos. Con la cordialidad y cercanía de todos ellos aprendía, se dejaba iluminar: hasta sus ojos llegaba la luz y la derramaba en culta y gozosa conversación.

Trató y escribió sobre Vicente Aleixandre y sobre otros poetas de su generación, a los que invitó a participar en las Jornadas de Poesía en Palencia. Publicó artículos sobre los poetas palentinos, reseñas, críticas y antologías. Como en todas sus tareas —la docencia, la creación poética y la crítica literaria—, era entregado y dispuesto, sincero y emotivo, riguroso y exigente. Soy testigo de ello y, en mi caso, apadriné además mi entrada en la Institución Tello Téllez de Meneses en 2010 y, por diversas circunstancias, se vio en la necesidad de proclamar públicamente que “de todos es sabido que, si echan una mirada al número de académicos, los curas no son mayoría, sino todo lo contrario. Y, como Miguel de Santiago, no entraron en ella por la sotana, sino por sus méritos literarios”.

MEMORIA DEL MIRAR (O DE LA MUERTE Y OTROS CAMINOS COTIDIANOS)

Cuando en 2006 me llega una bella edición del poemario *Memoria del mirar*, dedicada al “amigo de muchos años, poeta querido”, ya, desde el primer verso, me encuentro con un pórtico sentencioso: “Vejez: desolación de amor”. Una edad en la que nos volvemos como niños rodeados de miedos y espantos, un tiempo para que en la soledad interior ensayemos adioses, porque “a veces la memoria es sólo noche / oscura y desgastada”. Ya no pudo leer —estaba gravemente tocado por la última enfermedad— mi primer libro de poemas en prosa, *Hojas de otoño*, en el que reflexiono sobre la etapa final de la existencia desde una perspectiva trascendente. En su cotidiano mirar era testigo asombrado de la vida y era testigo doliente de la muerte.

Para el homenaje que le hicimos desde la Tello Téllez de Meneses escribí un poema en esta clave, que luego apareció con dedicatoria expresa a Marcelino García Velasco en mi poemario *Contemplar para orar con la naturaleza*:

Contemplo las montañas a lo lejos,
observo la silueta que recorta
el aire azul, su música ondulante
que acuna el horizonte

mientras mecen las aves con lentitud majestuosa
el letargo del tiempo.

Y cuando el sol ya está rendido
esparce calma y paz

con las últimas horas de la tarde.

Los oros del otoño habitan la llanura
con la salmodia vespéral y antigua
que embriaga el alma.

Por la explanada vagan las primeras
sombas y el sueño invade los párpados y pétalos
de una rosa olvidada junto al fango,
casi muerta a la espera del agua y de la luz.

Dios empieza a llover
y llueve noche sobre el mundo
hasta que llegue el nuevo día.

Y volví a leer este poema en su funeral el Domingo de Pascua de 2023. “¿Está Dios en la muerte?” se pregunta García Velasco en uno de los escasos poemas en los que Dios aparece explícitamente mencionado. Y se iba acercando a su final, aunque nunca es tal porque la obra de un escritor permanece (“el poema no es más que vida / llenándose de tiempo”), con la emocionada y emocionante gravedad de su voz poética, cargada de hondas y concisas sugerencias.



INSTITUCIÓN
TELLO TÉLLEZ DE MENESES
ACADEMIA PALENTINA DE HISTORIA,
LETRAS Y BELLAS ARTES

CON LA COLABORACIÓN DE

